

LA LABOR TRADUCTOGRÁFICA Y LA FILOSOFÍA TRADUCTOLÓGICA DE SAN JERÓNIMO EN SU MARCO BIOGRÁFICO¹

Miguel Ángel VEGA CERNUDA
Universidad Complutense de Madrid

1.-UN POCO DE HAGIOGRAFIA: PERFIL BIOGRÁFICO Y PERSONALIDAD HISTÓRICA Y LEGENDARIA DE SAN JERÓNIMO

Decía el filósofo idealista alemán Fichte que cada uno escoge la filosofía según el tipo de hombre que es. Por eso, a la hora de presentar la filosofía traductológica de San Jerónimo, justo será presentarle como hombre, es decir, como persona histórica y personalidad social, para así poder comprender la filosofía que puso en práctica.

En cuanto a la persona de Jerónimo de Estridón, los datos que nos permiten trazar su curriculum biográfico se encuentran dispersos en sus escritos. Son, sobre todo, apuntes autobiográficos esparcidos en sus numerosas cartas. Nacido en 347 en una ciudad hoy en día inexistente y que podíamos situar en la actual Croacia, pasa su infancia en las posesiones paternas en unos años en los que el paganismo cede terreno ante el triunfo arrollador del cristianismo, consumado políticamente bajo Constantino unos 30 años antes. A la edad de 12 años se traslada a Roma. Allí su pasión por Cicerón hará de este joven un latinista que paulatinamente va adquiriendo un gran renombre entre los escritores de su tiempo. De Roma se trasladará a Tréveris, la ciudad del imperio en el *limes* germánico, constituida en una de las capitales de la anterior Tetrarquía. Vuelto a Roma y ya bautizado, emprende un viaje de estudios y de peregrinación al Oriente estableciéndose en Antioquía y después en Calcis. Allí experimenta una especie de conversión paulina que relata en una de sus cartas. Según este relato, en una especie de sueño o arrebató místico, se habría visto llevado ante un tribunal acusado de falta de fervor religioso y de excesiva afición a las letras paganas: "tú eres ciceroniano, no cristiano", le habría contestado el juez ante la confesión de fe cristiana hecha por Jerónimo. Durante unos años se dedicará a la vida ascética en el

1 El presente artículo es el texto de una conferencia pronunciada por su autor –documentada con el pertinente material visual– en la Facultad de Traducción y Comunicación de la Universidad Católica de Chile el día 30 de septiembre de 1998 con ocasión de la festividad de San Jerónimo, fecha en la que se celebra el Día Mundial del Traductor. En esta ocasión, acudieron a la convocatoria de la Universidad Católica, la más antigua institución docente de Chile, tres Universidades santiaguinas en las que se imparten los estudios de la traducción. Dada la falta de información que se tiene sobre la figura y la significación de este epónimo de nuestra actividad hemos propuesto el texto de esta conferencia como artículo para esta revista que inicia su andadura con los mejores deseos de éxito y continuidad.

desierto que el monacato había convertido en lugar de encuentro con la esencialidad cristiana. Para llegar a la esencialidad de lo humano y conseguir la percepción del mensaje cristiano en su pureza doctrinal, se impondrá una rígida ascética de renuncia a lo superfluo de la vida que va marcando su carácter hasta hacer de él una persona que vive para la práctica de los ideales cristianos. Con esta finalidad alternará sus ejercicios de piedad con el estudio de las lenguas bíblicas. Vuelto a Roma en el 382 servirá hasta el 385 de secretario y consejero en cuestiones dogmáticas, bíblicas y filológicas al papa San Dámaso, quien le anima a traducir la Biblia. Esta actividad motivaría que posteriormente la imaginación artística le hiciera figurar como cardenal de la Iglesia, dignidad a la que nunca llegó, ya que en aquel entonces no existía todavía esta institución romana.

A la muerte del papa, y ya objeto de envidias e iras a las que ha contribuido con su espíritu polémico, se sentirá incómodo en el ambiente de la curia, en la que llegará a ser acusado de relaciones ilícitas con Paula, una de sus discípulas. En esta segunda época romana ha formado en torno a sí un cenáculo de hombres y mujeres cristianos, la mayoría de gran influencia social y política, en los que trata de irradiar una concepción peculiar de la vida cristiana. Cuando la situación se haga insostenible en Roma emprenderá, acompañado por varios miembros de ese cenáculo romano, viaje a Oriente donde, previo viaje de estudio por el Egipto y Tierra Santa, se establecerá en Belén para el resto de sus días, hasta su muerte, que ocurrirá en el 419. Allí llevará una vida de monje/ermitaño traduciendo y escribiendo alejado del mundo, pero no al margen de la historia de su tiempo de la que será uno de los capítulos nucleares.

Fue en esta y con esta su polifacética circunstancia vital cómo empezó a fraguarse la imagen histórica y legendaria que después pasaría a la iconografía, que haría de él una de las figuras más familiares del cristianismo y uno de los motivos más frecuentes de la historia del arte. Así, por ejemplo,

1. Sus escritos exegéticos y sus polémicas le hicieron pasar a la iconografía como un erudito estudioso de los textos cristianos.
2. Su vida de retiro monacal no le hizo padre del monacato, ni siquiera del occidental, pero sí uno de sus modelos, compartiendo cancha en la iconografía monástica con San Antón y San Pablo ermitaño y eclipsando a San Benito. A esta su faceta de monje eremita pertenece el episodio del león, que, sin embargo, correspondería propiamente a San Gerásimo. La proximidad onomástica de ambos haría que la imaginación medieval confundiera los personajes y, a partir de finales del XIII, el león es ya un acompañante fiel del penitente de Belén.
3. Su vida de penitente hizo de él el epónimo del ascetismo cristiano, oscureciendo la personalidad del otro gran castigador de su cuerpo, San Onofre.
4. Su participación en las luchas teológicas del tiempo y su defensa de la ortodoxia, le convirtieron en uno de los cuatro Padres de la Iglesia latina junto con San Agustín, San Ambrosio y San Gregorio Magno.

Mientras la mayoría de las figuras y personalidades de la historia religiosa del primer cristianismo fueron perdiendo perfil con el paso del tiempo, Jerónimo fue haciéndose uno de los personajes más caseros y familiares del arte, la doctrina y la piedad cristianas. Ya a comienzos del pre-renacimiento, en el Trecento, empiezan a aparecer masivamente representaciones del penitente de Belén, del dignatario eclesiástico o del traductor de la Biblia en los más diversos emplazamientos, situaciones y composiciones:

- En las iluminaciones y miniaturas de los libros,
- esculpido en los púlpitos y portones de las iglesias,
- en fresco o relieve en las pechinas del crucero, en los intercolumnios y en los intradoses de los arcos
- también esculpido, en las portadas de las catedrales y, por supuesto,
- en tablas, lienzos o tallas en los altares mayores.

Los franciscanos, que tenían en la docilidad del "hermano cuerpo" a través del castigo un punto fuerte de su ideario, le pondrán como ejemplo de penitente, como demuestra, por ejemplo, la serie de *terracotte* de della Robbia en el cenobio del monte Alvernia donde San Francisco habría recibido las llagas.

La orden de los predicadores, llamada por su fundador Santo Domingo de Guzmán al cultivo de la reflexión teológica, le pondrá como ejemplo de intelectual cristiano que hace de la razón una sierva del dogma cristiano.

El humanismo, incluso el laico, tendrá en él un punto de referencia y Durero llenará su estudio y los salones e iglesias de su ciudad natal (Nürnberg) de las figuras de este intelectual que encajaba perfectamente en los afanes todavía conciliadores de lo nuevo y lo viejo, de lo medieval y lo humanista, de lo humano y lo cristiano que pretendía Durero.

Más tarde, la Contrareforma propondrá la figura de Jerónimo traductor e intelectual sometido a la tradición y a la autoridad papal como paradigma de actitud antiluterana y apelará a su ideario para reivindicar, frente al antropocentrismo del humanismo, la vuelta a la consideración de las cosas *sub specie aeternitatis*.

Pero serán sobre todo el manierismo y el barroco italianos y españoles los que encontrarán en la personalidad atormentada del penitente e intelectual un filón extraordinario para ensayar los más diferentes tratamientos cromáticos, las más rebuscadas composiciones, las más esotéricas simbologías.

Será tan grande la afición que su figura y su ideario, recogido en su epistolario, despertaron en los medios religiosos de la Baja Edad Media que, a mediados del *quattrocento*, unos varones piadosos van a tomar como ejemplo de vida cristiana la de Jerónimo y fundarán una serie de congregaciones de cenobios independientes (los jesuatos, p.e.) que con el tiempo darán lugar a una orden religiosa propia, la Orden Jeronimiana, que, sometiéndose a la regla de S. Agustín, tendría en España su máxima expresión. Esta Orden todavía subsiste hoy en día, siendo la propietaria, si no jurídica, sí moral de patrimonios históricos y religiosos como los del Monasterio de

Yuste, adonde se retiraría a morir Carlos V, el Monasterio del Escorial, adonde lo haría su hijo Felipe II, o el Monasterio de Guadalupe, una de las referencias religiosas de la América hispana cristiana.

2.-EL INTELECTUAL CRISTIANO

En el marco de esta personalidad polifacética que hemos esbozado y que tan profusamente ha recogido la iconografía cristiana, destaca su amplio perfil de intelectual: en cuanto polemista, crítico, escritor y traductor, San Jerónimo se revela como una de las grandes cabezas de la época. En su retiro de Belén es el oráculo al que acude la intelectualidad de ese cristianismo todavía en formación. Sintomática de esa pasión intelectual es la recomendación que en más de una ocasión hace a sus discípulos y discípulas acerca de la lectura: "que la noche te coja con el libro entre las manos", recomienda en cierta ocasión a Paula, la noble romana que le siguió al retiro de Belén. En otra ocasión escribe a Panmaquio y Océano: "!Ojalá tuviera yo las obras de todos los comentaristas para compensar la torpeza de mi ingenio con la diligencia de la lectura" ("utinam omnium tractarum haberem volumina, ut tarditatem ingenii lectionis diligentia compensarem", Bac 84² I, p. 90). A este su carácter intelectual de amplio espectro se debe, en parte, el que mantuviera contacto con toda esa pléyade de grandes nombres del cristianismo primitivo que fraguan en medio de apasionantes polémicas, no siempre, verbales, el destino doctrinal de la Iglesia: San Gregorio Nacianceno, patriarca de Constantinopla, San Dámaso, obispo de Roma al que sirvió de secretario y consejero, San Agustín, con el que se carteó en repetidas ocasiones, San Epifanio, etc. Interviene en las disputas dogmáticas de la época, sobre todo la que se desarrollaba en torno a la interpretación del apologeta Orígenes, muerto en Tiro un siglo antes de que Jerónimo viniera al mundo, y quien, a pesar de sus doctrinas heréticas y de su autocastración³, era uno de los autores más considerados del cristianismo. Hay, sin embargo, que señalar que estas sus relaciones no estuvieron siempre carentes de dificultades y tensiones, sobre todo con San Agustín, con el que acabaría en buena concordia, con San Ambrosio, al que en más de una ocasión dirigió reproches de carácter traductivo, con su amigo Rufino, traductor, y con San Juan Crisóstomo, a cuyo destierro contribuyó de manera importante con una de sus cartas.

Como polemista y apologeta participó activamente en las disputas pelagianas en cuyo contexto escribiría un *Diálogo contra los pelagianos* que le valdría, entre otras cosas, el que una banda de estos asaltara su convento o cenobio en Belén para prenderle fuego. En este ataque, acaecido el año 415, se vertería la sangre de un diácono de Jerónimo y perecería pasto de las llamas la biblioteca del santo, quien pudo salvarse gracias a que se refugió en una torre fortificada. Es este un dato que pone de relieve el carácter aventurero que en ocasiones tuvo, por fas o por nefas, su vida, cosa que, por otra parte, no tenía nada de extraordinario en un momento en el que el cristianismo se hallaba inmerso en conmociones doctrinales que conllevaban, en más de

2 Citamos según la edición del Epistolario realizada por la Biblioteca de Autores Cristianos a cargo de Juan Bautista Valero, S.J., Madrid, 1993.

3 Fue célebre la autocastración de esta interesante personalidad de la Iglesia primitiva realizada en aras de una interpretación literal del Evangelio: "si tu mano te escandaliza...".

una ocasión, fuertes enfrentamientos personales. Es este un dato que hoy en día nos alecciona acerca de cómo la disputa doctrinal debe hacerse siempre en un tono de concordia para que la fuerza de la palabra sea exclusivamente la de la razón que la sostiene, no la que le confieren la pasión o los intereses. Si en su amplio curriculum de polemista, Jerónimo hubiera tenido un sentido más irénico y en ocasiones hubiera moderado sus expresiones, posiblemente habría salvado muchas amistades y, lo que es más importante, las pequeñas o grandes porciones de verdad que las doctrinas contrarias o heréticas pudieran tener. Sólo aventuro un ejemplo. Una de las tesis del monje británico Pelagio, establecido en Belén como Jerónimo, una tesis que, por cierto, iba frontalmente en contra de la concepción agustiana del hombre como *masa damnata*, afirmaba que no era necesaria la gracia divina para la práctica del bien. Si el optimismo humanista que respiraba esta tesis se hubiera incorporado ya en los primeros momentos a la teoría oficial del cristianismo, no habríamos tenido que esperar a los tiempos postconciliares de nuestro siglo para aceptar al no creyente como hijo de Dios y posiblemente la Iglesia hubiera recorrido otros caminos de tolerancia que habrían hecho más risueño su rostro histórico. Pero el verbo y la pluma de Jerónimo eran tan pasionales como su personalidad y, llevados del celo y el entusiasmo de la verdad, posiblemente del orgullo propio de todo intelectual, a duras penas podían evitar, como tampoco lo hacían sus contricantes, la descalificación y el insulto.

También intervendría contra Joviniano (393), contra los arrianos, los donacianos, etc., siendo un acérrimo defensor tanto de la resurrección de la carne y de la Inmaculada Concepción como del culto a los mártires, es decir, de los santos y del bautismo de los niños. Como exégeta escribió numerosos comentarios a diversos libros de la Biblia (Jeremías, Cantar de los Cantares, Eclesiastés, Evangelios, etc.) y como historiador aportó o reelaboró numerosas monografías y estudios, tales como las biografías de San Pablo de Tebas, conocido más bien como San Pablo ermitano, de San Antonio, conocido como San Antonio Abad o San Antón, de San Hilarión de Palestina, etc. Hizo también un diccionario de varones ilustres del cristianismo (de *Viris Illustribus*), un catálogo de escritores eclesiásticos, etc. Como investigador filológico realizó un diccionario de nombres propios que se puede considerar ya como un intento de diccionario enciclopédico.

3.-EL INTELECTUAL Y LA TRADUCCIÓN

Por muy interesantes que sean estos rasgos de su personalidad histórica, por lo que a nosotros respecta más nos interesa su actividad como traductor, ya que en este aspecto su labor fue decisiva para nuestro entorno cultural y religioso. En una carta a uno de sus discípulos romanos, el senador romano Panmaquio, Jerónimo distingue dos tipos de textos en las traducciones que él realiza: el de los "griegos" y el de las Sagradas Escrituras: "...in translatione graecorum, absque scripturis sanctis...", es decir, textos profanos y textos sagrados. Por lo que respecta a los primeros, se ha tratado fundamentalmente de los escritos apologéticos, hagiográficos y teológicos del cristianismo compuestos en los siglos anteriores por Orígenes (*Peri archon, comentarios biblicos*), Eusebio de Cesarea (*Cronica*), Dídimo (*Sobre el Espiritu Santo*),

de San Pacomio (escritos ascéticos), etc. Es interesante destacar que su traducción del *Peri archon* de Orígenes es una respuesta a la traducción, supuestamente errónea, hecha por su amigo y, después, contricante, monje también en Palestina y después en Roma, Rufino.

No se le conocen traducciones de los autores paganos griegos, cosa que no es de extrañar ya que, además de salirse del inmediato campo de interés de nuestro eremita, a saber, el campo doctrinal del cristianismo, estos circulaban en suficientes versiones latinas. Si ha centrado su actividad traductora en los escritos griegos de los autores eclesiásticos ha sido precisamente porque, en un momento en el que el Imperio Romano mostraba unas tendencias centrífugas materializadas, tras el período preconstantiniano de la Tetrarquía, en la división definitiva bajo el emperador español Teodosio, estas, obviamente, conllevaban el peligro de incomunicación entre el cristianismo oriental, greco-parlante, y el occidental, latinoparlante y producían importantes variantes interpretativas y pastorales de la doctrina cristiana. En este sentido, Jerónimo realizó esa vocación fundamental a la que responde la tarea del traductor, a saber, la de ser puente entre culturas y lenguas. Para ello tenía la mejor base. Educado en Roma, había vivido y continuado su formación largos años en Asia Menor y Constantinopla, por lo que conocía las dos orillas lingüístico-culturales entre las que quería establecer el comercio textual. A esas orillas de la traducción aludiría más tarde expresamente el humanista italiano Leonardo Bruni cuando nos hizo aceptar de manera definitiva el término que hoy en día expresa nuestra actividad: *traducere navem*, es decir, pasar a la otra orilla la nave textual. Al trasladar al latín los comentarios de Orígenes los estaba convirtiendo en patrimonio de la iglesia de la parte occidental, ya latino-parlante; en acervo doctrinal que permitiría a ambos mundos tener puntos de referencia comunes. Tal era lo que le advertía Agustín en la primera carta que le dirigió cuando todavía no es obispo de Hipona, deseoso de entrar en contacto con él: la necesidad de tener en Occidente los tesoros de la doctrina cristiana oriental: "te pido y conmigo te pide toda la comunidad estudiosa de las iglesias africanas que no te canses de poner tu esmero y trabajo en traducir los libros de los autores que, en lengua griega, han tratado magníficamente de nuestras escrituras. Con ello conseguirás que también nosotros conozcamos a estos hombres extraordinarios y, muy especialmente a ese que tanto citas en tus obras. En cuanto traducir a la lengua latina las Santas Escrituras canónica, yo no desearía que trabajaras en eso "*(Petimus ergo, et nobiscum petit omnis Africanarum ecclesiarum studiosa societas, ut interpretandis eorum libris qui Graece scripturas nostras quam optime tractaverunt, curam atque operam impender non graveris. Potes enim efficere ut nos quoque habeamus tales illos viros et unum potissimum quam libentius in tuis litteris sonas. De vertendis autem in linguam Latinam sactis litteris canonicis laborare te nollem...*", BAC. I, 536). He aquí formulada por Agustín - de manera específica que, sin gran esfuerzo, se puede generalizar- la misión del traductor: hacer de dos humanidades, en este caso la de Oriente y la de Occidente, un único espacio de fraternidad. Por cierto que esta carta tardó varios años en llegar a su destinatario. Tras ser violada en Roma, nuestro eremita se enteraría de su contenido por los rumores que le llegaron de la capital a su retiro, lo que sería un primer motivo de tirantez entre ambos, ya que en ella, el que después sería obispo de Hipona le aconsejaba que no siguiera con la traducción de la Biblia.

Aunque estas traducciones de los escritores griegos eclesiásticos hubieran sido el único trabajo de Jerónimo, habrían sido suficientes para que su nombre hubiera pasado a la historia de la traducción. Frecuentemente, cuando repasamos la historia de esta actividad que ha transmitido y universalizado las obras clave de la ciencia y la literatura universales –piénsese en las obras que la Escuela de Toledo hizo de curso legal en la Europa medieval–, se pierden de vista los enormes esfuerzos que hay detrás de esa historia. Mientras se valora el esfuerzo titánico de la creación (los de un Goethe creando la imagen arquetípica de nuestra cultura, el Fausto, o los de un Einstein revolucionador de la imagen del mundo), pasa inadvertida para el gran público la labor callada y ascética del traductor que quizás posibilita con ella la presencia de esos otros grandes genios.

En el caso de San Jerónimo, para valorarla adecuadamente, hay que inscribir esa su actividad traductográfica en el contexto de la agitada vida que le rodea incluso en el cenobio belenita. Que el dignatario de la iglesia, escritor de tratados teológicos, viajero incansable, organizador monástico, tuviera tiempo para dejarnos la importante traductografía que hoy en día poseemos de su pluma no deja de ser edificante. Por otra parte, la carencia de los medios de escritura –tinta, papiros, etc– y de ayuda lexicográfica, por ejemplo, de los que disponemos hoy en día tendrían que superarse con una dedicación por encima de las posibilidades normales de trabajo de cualquier persona. ¿Se suponen ustedes lo que sería para un traductor actual el encargo repentino de la traducción de la Biblia? Imagínense ustedes el trabajo que tuvo que suponer para Jerónimo, por muy bien rodeado que estuviera de santas y solícitas mujeres que le servía de amanuenses, toda esa tarea traductiva que emprende en medio del tráfico mundano de Roma hacia el año 3820 y que continuará en su retiro belenita, no en último término por aliento de San Agustín, con el que a menudo se le representa en *sacra conversatio*. Solo el acarreo de la tinta, llegada mayormente de Etiopía, o la disponibilidad de las plumas, la limitación laboral que le imponía la luz diurna a su trabajo o, en el caso del trabajo nocturno, la disponibilidad de sebo o aceite para las pestilentes lámparas, tenían que suponer un cúmulo de dificultades enormes, añadidas a las inherentes a la versión textual y que debería superar, además de con ingenio, con mucho esfuerzo. Personalmente no me imagino traduciendo bajo esas condiciones. Añádase a esto la atención a los cultos religiosos en el monasterio belenita, cultos que suponían la ruptura de la cadena mental del trabajo, y uno tendrá un idea aproximada del trabajo que hay detrás de esas traducciones y, sobre todo, detrás de la traducción de la llamada *Vulgata*, esa Biblia católica cuyo texto vierte Jerónimo al latín entre los años 390 y 406 y que, declarado texto sagrado oficial de la Iglesia por el Concilio de Trento, sería fijado definitivamente en 1592.

Pero todo ese trabajo y esfuerzo de versión, de consulta textológica de las fuentes griegas y hebreas y de la subsiguiente fijación del texto tuvieron como resultado la entrega a la humanidad cristiana e incluso a la agnóstica de un elemento de cohesión y referencia sobre el que los siglos posteriores irían elaborando una cultura común por encima de las peculiaridades raciales y cosmovisivas. Abandonando por un momento nuestro punto de vista cristiano-céntrico, al que, por supuesto, tenemos pleno derecho, podremos imaginarnos el papel de esa traducción si consideramos el papel que para el Islán ha representado el Corán. Bien que este no se traduzca y la Biblia haya

experimentado innumerables versiones en las diferentes lenguas a las que ha sido traducida, la *Vulgata*, es decir, la traducción jeronimiana representa el punto de referencia comunitario de todas ellas y, en cuanto tal, es el factor de cohesión más importante de la cultura occidental, que tiene en la Biblia y en el mensaje evangélico su motor fundamental. Es esta una consideración que nos da la dimensión de la obra traductiva de San Jerónimo.

Todo esto se potencia si se considera que en ese momento en el que apenas han pasado tres siglos de cristianismo, existe ya una serie de versiones bíblicas al latín que se han tratado de integrar en la llamada *Vetus Latina*, derivada de las *Hexaplas* de Orígenes y que con sus divergencias textuales ponían en peligro una concepción homogénea del mensaje cristiano. De hecho, más de una de las herejías que pueblan el panorama de la historia de la Iglesia en estos años se debió a la carencia de una pauta textual común. De ahí la importancia de la Biblia jeronimiana, que, sin embargo, como se sabe, no dejó de tener contestatarios incluso entre sus filas.

4.-LA FILOSOFÍA DE LA TRADUCCIÓN JERONIMIANA

Precisamente a estas contestaciones técnicas, es decir, filológicas, responde la formulación expresa de su teoría de la traducción, expresada sobre todo en varias de sus cartas. Efectivamente, como en el caso de cualquier traducción —que se lea, por supuesto— y, sobre todo, como en el caso de la otra gran traducción bíblica de la historia, la luterana, tanto la *Vulgata* como sus otras traducciones provocaron un aluvión de críticas a las que tuvo que responder con energía y, en más de una ocasión, perdiendo los papeles de la modestia y la humildad religiosas que pretendía realizar en su eremitorio. Y es que el contexto en el que surgen estos apuntes de crítica y teoría de la traducción es de nuevo revelador de los modos y maneras de este cristianismo que, pretendiendo predicar el Sermón de la Montaña, se dejaba atrapar por la *vis teorica* de las cuestiones doctrinales y olvidaba la mansedumbre y el irenismo de aquel. Las diatribas que en ocasiones dirige a sus contrincantes por un quítame allá esas pajas filológicas no tienen nada que envidiar a las que siglos después, Lutero dirigiría a los que desde un punto de vista doctrinal o meramente filológico pensaban de manera distinta. En todo caso hay que decir que en el caso de San Jerónimo esta pérdida de papeles manifiesta la rica personalidad, humanamente real, de este figura histórica que, a pesar de sus intentos de perfección cristiana, tenía baches suficientes como para seguir siendo una persona de carne y hueso, no un santo de peana. El fanatismo es en muchas ocasiones mera cuestión de fórmulas. Pero hay un fanatismo, el textual, de los traductores que les hace creer que las versiones de los demás son malas. Me pregunto, por enésima vez, por qué los traductores no podrán dirimir sus diferencias técnicas sin acudir a la aniquilación intelectual del contrario: *¿Interpres interpreti lupus?*

Pues bien, para responder a las críticas, Jerónimo coge la pluma en varias ocasiones, en las cartas 57, 84, 85, 106, etc., y en ellas, además de hacer crítica de traducción, que ya es teoría, esboza claramente los principios rectores que le han

servido de guía y método. Para no sobrepasar los límites de esta exposición, voy a tratar de exponer los razonamientos, la filosofía traductológica de dos de ellas, la 84 y la 57, empezando por esta última, para centrarme después en la 57, más importante.

En el origen de toda la teoría de la traducción jeronimiana está la cuestión origenista. Cuando escribe la carta 84, hace tiempo que Jerónimo había prometido la traducción del *Peri archon* de Orígenes, si bien, todos los problemas doctrinales y personales que le ha causado su admiración por la persona de Orígenes, al tiempo que su repulsa de sus doctrinas heréticas le han hecho ir abandonado la idea. Rufino, el monje amigo del monasterio del Monte Olivete que, a finales de siglo, se traslada a Roma, emprende esta traducción. Un segundón de los ambientes del cristianismo romano, Eusebio de Cremona, se hace amigo de Rufino y logra de él, obviamente a título confidencial, el manuscrito, no definitivo, de la traducción sobre la que todavía está trabajando. Eusebio, defraudando la confianza de amigo que Rufino ha puesto en él, hace circular ese borrador y lo pasa al senador Panmaquio y a la matrona romana Marcela, quienes de inmediato perciben el tufillo herético que el texto disimula con interpolaciones y censuras, teorías que van *contra catholicam regulam y minus catholice dicta* (Bac I, p. 885). Actuando de chivatos, ambos hacen llegar el texto de la traducción a Jerónimo, que desde Belén irradia su influencia basada en el prestigio de su saber filológico y en su seguridad doctrinal. Uno de sus "santos hermanos", escriben refiriéndose al Eusebio de marras, les ha entregado un texto que manifiesta ciertas simpatías por el ya abiertamente declarado hereje y con el fin de que intervenga como crítico y como retraductor le envían la traducción de Rufino. Como se ve, ni siquiera en este caso en el que intervenían "santos varones", los traductores han estado al margen del juego sucio que toda versión provoca, bien en el mandante, bien en el público lector, bien en el colega y como a menudo sucede, se han convertido en víctimas y verdugos del *unfair play*. Esta jugarreta en la que intervienen Eusebio de Cremona y Panmaquio como urdidores y Rufino y Jerónimo como víctimas, causará nuevas desavenencias en la relación de estos dos últimos, que ya se habían enfrentado en Palestina. Esta es la acusación de Panmaquio contra Rufino ante la corte que preside Jerónimo: se han suprimido de estos libros muchos pasajes que podrían delatar impiedad manifiesta y se han interpolado pasajes. Ergo, Jerónimo deberá como sentencia condenatoria de Rufino, "traducir el libro de Orígenes a partir del original y tal y como fue editado por su autor" (*supra dictum librum Origenis ad fidem, quemadmodum ab ipso auctore editus est, tuo sermone manifestes*, Bac I, p. 885). Jerónimo accederá a ello y acompañará el texto de una contestación a sus comunicantes romanos, que, sin atacar directamente a Rufino, constata la verdad fundamental de la traductología: que hay varias maneras de traducir: "como intérprete y como autor". Como autores y no como intérpretes habrían traducido Hilario y Victorino las obras de Orígenes. El, como solución intermedia, ha optado por un término medio, evitando tanto la "autoridad" que se apropia ilícitamente del texto ajeno, como la servidumbre que hace al traductor esclavo del mismo y no de la verdad: "Ahora, el trabajo que me ha costado traducir los libros *peri arjon* es cosa que dejo a vuestro juicio. Pues si por una parte, cambiar lo más mínimo del texto griego no sería versión, sino eversión, expresarlo todo palabra por palabra no sería propio de quien quisiera guardar la gracia del estilo" (*vestro iudicio derelinquo; dum et mutare quippiam de Graeco, non est vertentis sed evertentis; et eadem ad verbum exprimere,*

nequaquam eius qui servare velit eloquii venustatem, Bac, I, p. 903). En una carta a Paulino de Nola, el célebre santo francés establecido en Italia, escribe explicando su *modus procedendi* en la traducción de Orígenes: "me he visto forzado a traducir estos libros, en los que hay más de malo que de bueno, y a guardar la norma de no añadir ni quitar nada y respetar el original griego en la traducción latina" (*unde necessitate compulsus sum transferre libros, in quibus mali plus quam boni est, et hanc servare mensuram, ut nec adderem quid, nec demerem, Graecamque fidem Latina integritate servarem*, Bac I, p. 905). Es decir: la traducción como aristotélica cuestión del término medio. Ni simplificación ni complicación pero, en todo caso, empresa arriegada. O lo que es lo mismo: miseria y esplendor, que diría Ortega.

Tal, la carta 84. Más importante es, sin embargo, la que dirige a Panmaquio, el corresponsal y amigo romano, para aclararle cómo y por qué ha traducido una carta que, dirigida por Epifanio de Chipre a Juan de Jerusalén, se ha convertido en manzana de discordia entre tirios y troyanos cristianos. Veamos el contexto histórico.

Corre el año 396 y de nuevo nos encontramos con el problema origenista. Epifanio, santo para más señas, obispo de Salamina en Chipre emprende a finales de siglo (394) una campaña anti-origenista que incluye, entre otras actuaciones, un viaje a Palestina con el objeto de urgir al obispo Juan de Jerusalén, simpatizante de Orígenes y ordinario, es decir, superior del monje de Belén, a que abandone su simpatía por el hereje. En el trascurso de una estancia en el monasterio de Jerónimo ordenará sacerdote, contra su voluntad y con violencia, casi con anestesia, a Pauliniano, hermano de Jerónimo. El obispo de Jerusalén, como digo, ordinario del monasterio, protesta por este desmán y Epifanio contesta con una carta en la que, en vez de atenerse al meollo de la cuestión, su desmán, aprovecha la ocasión para conminarle a dejar la compañía espiritual de Orígenes. *Ad usum privatum*, esta carta será traducida por Jerónimo al latín y de nuevo por la imprudencia e indiscreción de Eusebio de Cremona, a la sazón monje del monasterio de Jerónimo, se pondrá en circulación pública divulgando al tiempo las notas marginales de Jerónimo acerca de Juan y de su adlátere Rufino. Este, molesto, le acusará de deliciente o ignorante arguyendo que la carta ha sido traducida de manera aparentemente errónea al no atenerse a la literalidad. *Ad cautionem*, Jerónimo escribe al senador Panmaquio ("te mando esta carta para que te sirva de informe del estado de la cuestión") una carta que se ha convertido en el *de optimo genere interpretandi*, es decir, en la carta magna de la teoría de la traducción. Oigamos el trazado de la génesis que hace Jerónimo de esa carta: "...Eusebio de Cremona, al ver que esta carta andaba en boca de muchos y que tantos sabios como ignorantes la alaban por su doctrina y por la pureza del estilo, me pidió con insistencia que se la tradujera al latín y se la expusiera más claramente para facilitarle su comprensión, ya que ignoraba completamente la lengua griega. Hice lo que me pidió. Llamamos a un taquígrafo y dicté a toda prisa, anotando brevemente al margen de cada página el sentido de los párrafos que ocupaban el centro; porque también me había pedido con insistencia que hiciera esto para su uso particular. Yo, a mi vez, le pedí que guardara en su casa el ejemplar y que no lo expusiera ligeramente al público. Así transcurrieron las cosas durante un año y seis meses, hasta que por extraño embrujo la mencionada traducción emigró de los armarios de aquel y llegó a Jerusalén... de esta manera andan mis adversarios pregonando entre los ignorantes

que soy un falsario, que no traduje palabra por palabra, que puse queridísimo en vez de honorable... Estas y otras tonterías son mis delitos" (Bac I, p. 544). Jerónimo se defenderá diciendo que al haber hecho anotaciones al texto para uso privado no ha contravenido los principios de la buena concordia y que al traducir lo ha hecho conforme a los criterios establecidos y de buen sentido común que ya Cicerón había sancionado. Este, en su de *optimo genere oratorum*, había aportado el primer apunte de teoría de la traducción levísimo. A sus principios metodológicos apela Jerónimo ya en el título de su carta que formula en paralelo a la de Cicerón. Como se hace en este tratado que él mismo menciona textualmente, Jerónimo distingue dos formas de traducir: la del orador y la del intérprete, *more oratoris et more interpretis*. Aquella, libre y atenta al peso de las palabras, no al número; esta, atenta a la equivalencia literal de los textos, el de partida y el de llegada. Para apoyar su opción llama en su ayuda también a Horacio, a Terencio⁴, a Plauto, a Evagro, el biógrafo de San Antonio, quien "*ex alia in aliam linguam ad verbum expressa translatio sensus operit... alii syllabas aucupentur et litteras, tu quaere sententias*" (Bac I, p. 550). Pero completando este breve compendio de historia de la teoría y realizando un análisis más diferenciado, Jerónimo hace avanzar más la reflexión traductológica del tusciano al distinguir que esos dos tipos de metodología se corresponden con dos tipos de texto. *Nihil novum sub coelo*: cuando los modernos teóricos de la traducción creen haber puesto una pica en Flandes haciendo depender el método traductivo de la tipología textual no hacen más que desarrollar lo que *in nuce* está ya en esta carta magna de la traductología.

Porque, efectivamente, ya lo hemos dicho, Jerónimo distingue dos tipos de textos que manifiestan una fenomenología literaria y antropológica diferente: la del texto sagrado y la del texto profano. Veamos el núcleo del texto jeronimiano: *Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo misterium est, non verbum de verbo sed sensum exprimere de sensu* (Bac I, p. 547). En el primer tipo de texto, al ser palabra divina, cualquier factor de su fenomenología lingüística, el orden de las palabras, por ejemplo, debe respetarse, pues incluso esto que en la comunicación humana no es considerable, puede encerrar misterio. En este caso, un cambio en "el orden de los factores sí altera el producto". En este caso, la literalidad sería la garante de la unidad textual y, consiguientemente, doctrinal de la comunidad eclesial. Por el contrario, en la traducción de los textos no sagrados, ni el orden ni el número son significativos y en estos casos se impone la traducción según el sentido, *sensum de sensu*, sacar el sentido del sentido.

Por supuesto que este teorema jeronimiano parte del análisis fenomenológico del texto concreto, no del análisis del hecho traductivo: en aquel la funcionalidad inmediata, a saber, la comprensión del texto, se impone. Por eso, dice, "desde mi juventud, jamás pretendí trasladar palabras, sino las ideas" (*...me semper ab adolescentian non verba sed sententias transtulisse*", Bac I, p. 549). Pero, ¿es que la traducción agota su función antropológica en la expresión del sentido? Contestaré a esto más adelante. Es cierto, en todo caso, que a Jerónimo, sin que él se dé cuenta, le

4 La crítica textual ha demostrado que tanto Horacio como Terencio habrían sido malos valedores de la doctrina jeronimiana, ya que ambos han abogado en alguna ocasión por la literalidad. Ver Vega, *Textos clásicos de teoría de la Traducción*. Catedra, Madrid, 1993.

sale el ciceroniano que lleva dentro: su ideal de traducción es la belleza estilística. Citando su propio prefacio a la traducción de la *Crónica* de Eusebio, dice: "es tarea dura lograr que lo que está bien dicho en otra lengua conserve la misma belleza en la traducción... si traduzco al pie de la letra, sonará absurdo; si por necesidad cambio algo en el orden de las palabras, parecerá que me salgo de mi tarea de intérprete" ("*difficile est alienas lineas insequentem non alicubi excidere, arduum ut, quae in alia lingua bene dicta sunt, eundem decorem in translatione conservent... si ad verbum interpretor, absurde resonant; si ob necessitatem aliquid in ordine, in sermone mutavero ab interpretis videbor officio recessisse*", Bac. I, p. 549). El, obviamente, prefiere que le consideren traidor al oficio a que su versión pierda decoro. Cabría preguntarse si en el mantenimiento de la presunta o realmente percibida belleza del texto al traductor no se le va la mano, en cuyo caso sería doblemente traidor.

En todo caso este procedimiento respondía perfectamente al *modus operandi* de San Jerónimo, quien, rodeado de taquígrafos/as dictaba sus comentarios y posiblemente sus traducciones "velocissime" para así poder dar satisfacción a una llenísima agenda que incluía las más diversas tareas, extremo del que dan fe sus cartas: dar acogida a los peregrinos, responder a las numerosas consultas que le llegaban, vigilar la pureza doctrinal de sus allegados. De hecho, en una carta que le dirige Paulino de Nola, este le achaca al "ciceroniano" Jerónimo, el descuido estilístico con el que últimamente le escribe, reproche al que Jerónimo contesta escudándose en sus múltiples obligaciones y ocupaciones, que no le permiten otra cosa: "Te quejas de que te envío cartas muy breves y desaliñadas. No se debe a negligencia, sino al respeto que me infundes, pues temo que si me dejo llevar de la palabrería, puedo revelarte demasiadas cosas que tú tendrías que censurar. Aunque, si he de decir la verdad a tu santa alma, son tantas las cartas que se me piden durante el período de la navegación a Occidente, que si quisiera responder a todo lo que cada uno pregunta no podría dar abasto. De ahí resulta que, haciendo caso omiso de la sintaxis y de la atención que debo a quienes me escriben, dicto lo que me viene en boca. Además a ti te considero amigo, no juez". La pregunta está a flor de labios: ¿no será este hábito redaccional, producido por el estrés epistolar y que le lleva a "hacer caso omiso de la sintaxis", el que se le introduce subrepticamente a la hora de traducir, cosa que también ha podido, ha debido hacer *celeriter*? Ese es, al menos, el *modus procedendi* que ha utilizado en su controvertida traducción de la carta de Epifanio a Juan de Jerusalén, tal y como confiesa en la carta a Panmaquio: "*accito notario raptim celeriterque dictavi*" Bac I, p. 544) ¿No será por eso por lo que a los literalistas les tacha de cinceladores de palabras, *logodaedali*?

Sea como fuere, lo que sí es cierto es que desde entonces es este un principio que, con raras excepciones, se ha hecho valer por parte de la mayor parte de los traductores de la historia. De Jerónimo y de su metodología deriva la mayor parte de la traductografía occidental. Pero solo de la segunda parte del binomio por él establecido: el de la "sensualidad", el del sentido. El principio de la literalidad ante el texto sagrado tuvo una observancia rígida en Fray Luis de León cuando, al traducir la *Cantar de los Cantares*, se atuvo a la literalidad máxima, cosa que no hizo, sin embargo, su hermano de hábito Martin Luther en su versión de la Biblia, que él no llamaba traducción sino *Verdeutschung*. Por lo demás, los traductores profanos se atuvieron con entusiasmo al "sensualismo" que se sanciona en la carta. Si, por ejemplo,

consultamos la antología del pensamiento traductológico español publicada por Julio Cesar Santoyo⁵, comprobaremos que casi todos los traductores clásicos españoles apelan en sus prefacios -bella costumbre esta, la de introducir las traducciones con un prefacio teórico- al patrocinio metodológico de San Jerónimo. Bien es verdad que herejes de esta ortodoxia traductológica los hubo por exceso y por defecto: por defecto de literalidad cuando Lutero no respeta esta en su traducción de las Escrituras y por exceso de sensualidad cuando los traductores franceses del XVII hicieron derivar de ese "sensualismo" una práctica libertaria, más o menos aberrante, que daría lugar al episodio conocido como "bellas infieles". Quizás estaba lejos del pensamiento jeronimiano el sancionar estas, pero lo cierto es que ese sensualismo en manos francesas se convirtió en "libertarismo", en anarquía traductiva que hizo tradición. En todas las observancias hay relajaciones, mas o menos tolerables, aunque intolerable resulta que los traductores franceses de las "bellas infieles" cometieran el delito de la manipulación del texto. Solo un ejemplo: la actuación del abbé Prevost, que incluso pretendía haber mejorado el texto original de Richardson (la *Pamela*), al recortarlo drásticamente y reducirlo de doce a siete volúmenes.

Hay que advertir que estos principios formulados por Jerónimo eran eso: principio, camino, brújula, regla, es decir, intento, norma a observar y, por supuesto, a contravenir. Utopía, en definitiva. Pues no hay regla sin excepción, ni estado de gracia sin pecado. El mismo Jerónimo en ocasiones parece contradecir en la práctica esos principios por él estatuidos e incluso en algunos otros textos parece confesar que aun en las Escrituras ha tenido que proceder *ad sensum*. En la introducción al libro de Job dice que en su traducción *nunc verba, nunc sensus, nunc simul utrumque resonabit*. En la misma carta a Panmaquio, Jerónimo comprobará que incluso los apóstoles y evangelistas, en la interpretación de las Escrituras antiguas no buscaron tanto las palabras cuanto el sentido (*in interpretatione veterum scripturarum sensum quaesisse, non verba*, Bac I, p. 558).

Para completar este trazado de la teoría jeronimiana de la traducción, permítaseme hacer un apunte crítico, poner un escolio que no invalida sus propuestas pero sí las relativiza. Para ello voy a apoyarme inicialmente en el célebre opúsculo de Walter Benjamin, otro gran teórico de la traducción, que proponía que la fenomenología del hecho traductivo no se agotaba en la comparación de los dos textos, sino que iba más allá de la re-expresión del texto: el hecho traductivo, además de comparar dos textos, comparaba las dos lenguas en contacto, no entre sí, sino con la capacidad lingüística general humana, aquella que en su perfección solo existe en Dios. Desde este punto de vista, la traducción podría y debería volver a reivindicar la opción metodológica de la literalidad, pues sería esta la que nos devolvería esa función superior de la traducción que trasciende la comprensión inmediata del texto y pretende fecundar una lengua con otra para acercar ambas a la pura realización del lenguaje. Es esta una posibilidad que nunca ha visto Jerónimo, que siempre ha pretendido salvar el sentido del texto y el estilo de la lengua de llegada.

Desde este punto de vista benjaminiano, permítanme que haga otra reflexión acerca de la teoría jeronimiana que no deja de tener cierto sentido crítico.

5 J. C. Santoyo, *Teoría y crítica de la traducción. Antología*. Barcelona, 1987.

Efectivamente Jerónimo acertó al diferenciar los tipos de texto. Hoy en día disponemos de una tipología mucha más diferenciada. Reiss por ejemplo ha señalado la presencia de la función expresiva del texto que produce o debe producir una actitud metodológica distinta: la del respeto al aspecto externo del texto. Yo me pregunto: ¿no hay, además, textos que, no siendo sacros en sentido religioso, sí lo son en sentido cultural o antropológico, cuales son los textos clásicos universales de Dante, Shakespeare, Cervantes, etc., y ante los cuales habría que guardar también un respeto al orden de las palabras como garante de un misterio, el de la inspiración sublime del genio, a través del cual se revela también la esencia divina? Acordémonos de cómo Herder proponía las diversas poesías nacionales como revelaciones parciales de la revelación inacabada de la divinidad en la historia.

Si he querido poner mi pequeño grano de arena crítica en el engranaje de la teoría de la traducción jeronimiana, si he intentado resaltar el aspecto parcialmente contradictorio de la misma es para acentuar que, al igual que este "santo varón" siguió siendo un hombre al que no le faltaban las miserias, nunca la voluntad del bien, también la traducción, a pesar de los deseos ideales de perfección teórica, siempre estará limitada por la casuística del texto y, por supuesto, por las deficiencias y fallos del traductor.